

La gracia de Marroquín

Escribe: ENRIQUE SANTOS MOLANO

No cabe duda que en el siglo pasado nuestra no exageradamente fértil tierra dio algunos frutos ingeniosos, dotados del don de la gracia, del humor, que muchos confunden con el chiste, aunque su parentesco es meramente cómico. El chiste hace reír a carcajadas, sin que provoque repercusión en el pensamiento; el humor arranca una leve, sostenida sonrisa, pero pone el cerebro en acción. Chistosos, desde luego, hubo y hay en este país como para surtir todos los circos del mundo. ¿Humoristas? Aquí la oferta se ve ampliamente superada por la demanda.

Uno de nuestros mayores humoristas, en el mejor sentido inglés de la palabra, es el señor José Manuel Marroquín, a quien los niños conocen, por conducto de su poema "La Perrilla", y los mayores por los cursos de historia patria, donde se nos informa que el señor Marroquín ejerció la Presidencia de la República, durante cuya administración, de memorable recuerdo, le tocó hacerse el de la vista gorda cuando los gringos decidieron apechugar con el canal de Panamá. Conviene aclarar, en favor de Marroquín, que por esa época aun no nacía el general Torrijos, y si a nuestro presidente se le ocurre rezongar, el maldito jabalí —perdón— los gringos, no solamente se quedan con Panamá, sino también con sus alrededores.

Todo eso ya no tiene importancia; en cambio, la gracia del señor Marroquín es más digna de recordarse que su desgracia. Aquel viejito de rostro picaresco que parecía sacado de un retrato de don Francisco de Quevedo, heredó igualmente la —si puede decirse— vis humorística del español.

De no mediar "La Perrilla", Marroquín estaría hoy irremisible y absolutamente olvidado. Fenómeno injusto porque, ade-

más del famoso poema, escribió otros notables, no menos ingeniosos, y cuatro divertidas novelas, impecables en cuanto a calidad literaria, si algo flojas en la trama.

Dentro del ingenio de Marroquín se infiltra una nota extraña, contradictoria a su formación ideológica, que resulta interesante subrayar. Siendo un conservador convicto, confeso y militante, católico de remache, sin grado de rezandero, se le sueltan, de temprano en tarde, tremendas reflexiones de dialéctica materialista, como en aquel poema gramático-ortográfico en el que, por ejemplo, dice:

*por las velas, el pan, el chocolate,
yo combato, tu combates, el combate.*

O sea, puesto en verso, exactamente lo mismo que en prosa expresó Carlos Marx al sustentar el materialismo histórico: “**que antes de ocuparse en política, religión, filosofía, artes o ciencias, los hombres deben, ante todo, comer, beber, vestirse y alojarse**”.

Claro que Marroquín no era marxista, ¡el Señor lo ampare y lo favorezca!, pero a trechos se nota en sus escritos que no siempre andaba de acuerdo con lo que era.

¿Y para qué más hablar de la gracia del señor Marroquín, cuando a la mano tenemos sus propias producciones? Unos pocos poemas, y un articulito en prosa, que hemos seleccionado para el BOLETIN, se encargarán de obsequiar a los lectores con un delicioso rato de humor.

JUPITER Y UNA SABANDIJA

*Convocaron los dioses inmortales
una ocasión al hombre
y a todos los diversos animales
para ponerles nombre,
(que antes sin duda anónimos corrían)
y por aire, por agua, o bien por tierra,
al Olimpo en tropel se dirigían
cuantos vivientes nuestro globo encierra.
Un reptil asqueroso, torpe y pardo
emprendió con pereza y paso tardío
el viaje consabido
de su cara mitad o hembra seguido.*

Y hecha ya una jornada,
pensaron en buscar una posada
para pasar la noche, que era fría;
el macho sostenía
que era mejor el pernoctar debajo
de una, que acaso hallaron, mata de ajo;
pero su compañera
aseguraba que era
preferible una col que estaba junto,
y discutido el punto,
se salió con la suya la señora;
que siempre que entre cónyuges se alterca
la hembra lleva la palma de más terca.
Pasó la noche, y al rayar la aurora
empezaron a andar lo mismo que antes;
mas, como eran tan malos caminantes,
llegaron tarde a la reunión augusta
de los dioses, que daban ya al demonio
la tardanza del dicho matrimonio.
Así, al verlos llegar, con faz adusta
y voz atronadora
los reconvino Jove duramente
por la incivil demora;
“Señor, repuso el macho, balbuciente,
la culpa no fue nuestra”
y, queriendo alegar alguna excusa,
hizo del viaje relación difusa.
Júpiter escuchaba atentamente;
mas al llegar el bicho a aquel pasaje
tocante al hospedaje,
muy mucho se detuvo
contando la disputa
que con su esposa tuvo.
El Tonante, que ya se fastidiaba
con charla tan prolija,
cuando era a la sazón lo que importaba
ponerle nombre a aquella sabandija,
“¿Cuál fue, por fin pregunta,
la planta que elegistéis tú y tu adjunta?”
“La de col”, le responde;
pues bien, replica Júpiter Tonante,
desde hoy en adelante,

Caracol es tu nombre”.

Vuélvese la hembra al macho y dícele: “Hombre,
que tal si al fin debajo
nos quedamos de aquella mata de ajo?”

ENCIERRO MISTERIOSO

*En no se que monasterio
se encontraba una novicia,
doncella de pocos años
escruplosa y sencilla.
Con asombro de las monjas
se nota que cierto día
se empeña en no abrir la celda
por más que la solicitan.
Si la llaman desde afuera,
contesta con voz fingida:
“No está en la celda, salió”
y en no mostrarse se obstina.
Por fin sale, y le pregunta
la maestra de novicias
por qué de aquella manera
al convento escandaliza.
Ella, entre humilde y confusa,
solamente le replica:
“Me mandó mi confesor
que me negase a mi misma”.*

VISTA AL FISCAL

*Cierto labriego seguía
un pleito ante un tribunal
en que había consumido
algo más de la mitad
de su hacienda, y de su tiempo
y su paciencia el total.
Cada tres días o cuatro
le venía a preguntar
a su abogado como iba
el negocio; pero el tal
como usaba en sus respuestas
el forense guirigay,
le dejaba siempre a oscuras*

*y dándose a barrabás.
En una ocasión de aquellas
dijo el hombre: "Bien está
todo eso; pero qué dicen
por fin?". —Que "vista al fiscal".
—¡Bribones! Les estoy dando
de comer desde cuánto ha,
y ya quieren que los vista!
Pues no visto a ese haragán.
Que lo vista la grandísima...
Y dejó de pleitear.*

LA SILLA

NOTA: En 1862, el gobernador del Distrito Federal, don Medardo Rivas, le solicitó al poeta Ricardo Carrasquilla una silla para el ejército. Carrasquilla respondió en una letrilla y consiguió que se le eximiera. Pocos días después, Marroquín le prestó un caballo a Carrasquilla, y fue tal el estado en que lo dejó la dichosa silla, que dio motivo a las redondillas siguientes:

*Que lástima de letrilla
la que escribiste, Ricardo,
para exigirle a Medardo
que no te exigiera silla!
O eres godo o liberal,
o eres liberal o godo,
y de este y del otro modo
en no darla hiciste mal:
si eres liberal, tu silla
debiste por patriotismo
mandarle en el acto mismo
a Rivas, no una letrilla;
y si eres conservador,
perdiste ocasión calva
de hacerle guerra a mansalva
al supremo director.
Tú tendrás por paradójica
esta mi proposición;
mas, si pones atención,
vas a comprender que es lógica.
No pienso que haya en la tierra
nadie que pueda ignorar
que es solamente a matar*

a lo que se va a la guerra;
y así, sin que duda quepa,
en la guerra lo mejor
será lo más matador,
lo que mejor matar sepa.
Bien; de cuantas invenciones
sugirieron los infiernos,
ya a los pueblos más modernos,
ya a las antiguas naciones
con el fin de hacer más muertes
y de tornar más aprieta
en montones de pavesa
pueblos y ciudades fuertes,
no hay ninguna, Carrasquilla,
(ni pizca de duda queda),
no, no hay invención que pueda
compararse con tu silla;
no, ni el arcabuz, ni el dardo,
ni la testudo, ni el fuego
que llaman greguisco o griego,
ni la mina, ni el petardo,
ni el obus, ni el chafarote,
ni el cañón, ni el falconete,
ni el ariete, ni el mosquete,
ni el garrote, ni el brulote,
ni el fusil, ni el morterete,
ni a la Congreve el cohete,
ni el revólver, ni el florete,
ni el trabuco, ni el machete,
ni el sable, ni la peinilla,
ni el rifle, ni la granada,
no, señor, no hay nada, nada,
comparable con tu silla.
Y aquí muy de notarse es
que mientras eso que digo
hace daño al enemigo,
tu silla lo hace al revés.
Aunque el alma se te frunza,
si quieres averiguallo,
ve a contemplar el caballo
que te dí para ir a Funza;
bien es que, si por ventura,

vienes a verlo al potrero,
en vez de ver al trotero,
verás una matadura.
Que hayas entendido aguardo
ya aquellas palabras mías,
que si eras godo, debías
mandar tu silla a Medardo.
Con efecto, si ese día
se las has mandado, Mosquera
perdido a la fecha hubiera
toda su caballería.
¡Que es caballería! Acaso
en la tropa federal
esa máquina infernal
causara mayor fracaso;
Y a la dicha silla ahora,
en caso tal, cosa rara,
el godo la apellidara
la silla libertadora.
Y en alguna edad futura,
de tal suceso en memoria,
un monumento a la gloria
se alzara de tu montura,
con este mote esculpido
en el mármol: a la silla
de Ricardo Carrasquilla,
el pueblo reconocido.

SERENATA

Ahora que los ladros perran,
ahora que los cantos gallan,
ahora que, albando la toca,
las altas suenan campanas,
y que los rebuznos burran,
y que los gorjeos pájaran,
y que los silbos serenan,
y que los gruños marranan,
y que la aurorada rosa
los extensos doros campa,
perlando líquidas viertas,
cual yo lágrimo derramas,
yo, friando de tiritito,

si bien el abrasa almada,
vengo a suspirar mis lanzos
ventano de tus debajas.
Tu en tanto duerma tranquilos
en tu camada regala,
ingratándote así, burla,
de las amas del que te ansía.
Oh, ventanate a tu asoma,
oh, persiane un poco la abra,
y suspire los recibos
que este pobre exhalo amanta.
Ven, endecha las escuchas
en que mi exhala se alma,
y que un milicio de músicas
me flauta con su acompañá.
En tinieblo de las medias
de esta madrugada oscurada,
ven y haz miradar tus brillas
a fin de angustiar mis calmas.
Esas tus arcas son cejos
con que, flechando disparas,
cupido pecha mi hiero
y ante tus postras me planta;
tus estrellos son dos ojas,
tus rosos son unas labias,
tus perles son como dientas,
tu palme como una talla;
tu cisno es como el de un cuelle,
un garganto tu alabastra,
tus tornos hechos a brazos,
tu reinar como el de una anda.
Y por eso horo a estas vengas
a rejar junto a tus cantas
y a suspirar mis exhalos
ventano de tus debajas.

* * *

Asi cantaba Calixto
a las ventanas de Carmen,
de Carmen, que, desdeñosa,
ni aun se acuerda de olvidarle.
Es el galán susodicho

mozo de tan buenas partes,
que en el barrio no hay quien tenga
tanto garbo y tal donaire.
Ninguno en amar le excede,
ni en cantar le iguala nadie,
ni en el tañer la vihuela
hay quien le exceda o le iguale.
Sin embargo, el ser Calixto
mozo de tan buenas partes,
no ha sido parte a ablandar
el duro pecho de Carmen.
La Aurora le encuentra siempre
muerto de frío en la calle
al cielo dando sus quejas
y sus suspiros al aire.
Allí improvisa a las veces
tristes serenatas y ayes,
que oyen tal vez los serenos
o que tal vez no oye nadie.
Yo salí esta madrugada
mucho antes de que aclarase,
para poder alcanzar
a misa de cinco, al Carmen,
y junto a las rejas de idem
le encontré, dale que dale,
y oí los versos de que
me he hecho editor responsable.
Mas, como era ya temprano,
y Calixto empezó tarde,
estaba un poco más ronco
de lo que era razonable;
además, como estaba ebrio
(aunque, en verdad, no se sabe
si de puro amor ardiente,
o de aguardiente o de brandi)
echaba a perder el canto,
que era una lástima grande,
y trabucaba las sílabas,
y las palabras y frases.
Empero, es cosa segura,
o a lo menos muy probable,
que a no ser por la embriaguez

*y la ronquera del diantre,
y lo malo de los versos,
y el trastrueque de las frases,
la tal serenata hubiera
estado buena en su clase.*

A UN AMIGO

*Lo que siente el corazón
y lo que el corazón siente
en esta ocasión presente
y en la presente ocasión,
excede a toda expresión
y a toda expresión excede;
y así decir no se puede
y no se puede decir,
sin que quede que añadir
y sin que que añadir quede.*

LA PERRILLA

*Es flaca sobre manera
Toda humana previsión
Pues en más de una ocasión
Sale lo que no se espera.*

*Salió al campo una mañana
Un experto cazador,
El más hábil y mejor
Alumno que tuvo Diana.*

*Seguíale gran cuadrilla
De ejercitados monteros,
De ojeadores, ballesteros,
Y de mozos de trailla.*

*Van todos apercebidos
De las armas necesarias,
Y llevan de castas varias
Perros diestros y atrevidos.*

*Caballos de noble raza,
Cornetas de monte, en fin,
Cuanto exige Moratín
En su poema La Caza.*

*Levantán pronto una pieza,
Un jabalí corpulento,
Que huye veloz, rabo al viento
Y rompiendo la maleza;*

*Todos siguen con gran bulla
Tras la cerdosa alimaña,
Pero ella se da tal maña
Que a todos los aturrulla.*

*Y, aunque gastan todo el día
En paradas, idas, vueltas,
Y carreras y revueltas,
Es vana tanta porfía.*

*Ahora que los lectores
Han visto de qué manera,
Pudo burlarse la fiera
De los tales cazadores,*

*Oigan lo que aconteció,
Y aunque es suceso que admira,
No piensen, no, que es mentira,
Que lo cuenta quien lo vio:*

*Al pie de uno de los cerros
Que batieron aquel día,
Una viejilla vivía
Que oyó ladrar a los perros;*

*Y con gana de saber
En qué paraba la fiesta,
Iba subiendo la cuesta
A eso del anochecer.*

*Con ella iba una perrilla . . .
Mas sin pasar adelante,
Es preciso que un instante
Gastemos en describilla:*

*Perra de canes decana
Y entre perras protoperra,
Pasaba en toda su tierra
Por perra antediluviana.*

*Flaco era el animalejo
El más flaco de los canes;
Era el rastro, eran los manes
De un cuasi-semi-ex-gozquejo;*

*Sarnosa era, digo mal,
No era una perra sarnosa,
Era una sarna perrosa
Y en figura de animal;*

*Era, otrosí, derrengada,
La derribaba un resuello.
Puede decirse que aquello
No era perra ni era nada.*

*A ver, pues, la batahola
La vieja el cerro subía,
De la perra en compañía
Que era lo mismo que ir sola.*

*Por donde iba, hizo la suerte
Que se hubiese el jabalí
Escondido, por si así
Se libraba de la muerte;*

*Empero, sintiendo luego
Que por ahí andaba gente,
Tuvo por cosa prudente
Tomar las de Villadiego.*

*La vieja entonces, al ver
Que escapaba por la loma,
¡Sús! dijo por pura broma,
Y la perra echó a correr.*

*Y aquella perra extenuada,
Sombra de perra que fue,
De la cual se dijo que,
No era perra ni era nada;*

*Aquella perrilla, sí,
¡Cosa es de volverse loco!
No pudo coger tampoco
Al maldito jabalí.*

LOS DIMINUTIVOS

(Articulito)

No se quién ha dicho que la palabra nos ha sido dada para disimular nuestros pensamientos. Dios haya perdonado al tal, que, si es ya muerto, como lo presumo, bien lo habrá habido menester, pues la especie no deja de tener sus puntas de blasfematoria, y además, por otro lado no tendría el picarón la conciencia muy limpia en materia de mentiras y de pecados de hipocresía.

De los diminutivos si que se puede decir lo que aquel decía de la palabra, es decir, de todas las palabras.

Los gramáticos se engañan miserablemente y no saben lo que dicen cuando aseguran que "los diminutivos sirven para disminuir la significación del sustantivo". Es mucha verdad que unas veces la disminuyen; pero también es cierto que otras veces la aumentan y que en ciertas ocasiones ni la aumentan, ni la disminuyen aunque siempre la alteran considerablemente.

Es cosa sabida que en los países en que rige la Economía-Política y en que en materias financieras y mercantiles dos y dos son cuatro, el crédito equivale a caudal en dinero sonante; en virtud de lo cual, para poderse hacer rico, basta ser tenido por tal. Aquí sucede todo lo contrario: desdichado del que es tenido por rico. Entre el gobierno, que impone contribuciones; los menesterosos, que ocurren a su bolsillo, **conociendo su generoso corazón**; los amigos que piden una **firmita** para conseguir con ella sumas al uno por ciento; los que promueven funciones, revoluciones, suscripciones y otros muchos a quienes no es posible achar nones, dejan al pobre rico hecho un pobre pobre.

Para conjurar, pues, esta calamidad del crédito, todo el que con algunos ahorros que muy a las calladas ha logrado allegar, y que llama sus **ahorritos** cuando se ve en la necesidad de confesarlos, compra una buena hacienda de **pan y ganado mayor**, dice que ha comprado un **terrenito**; y si su vocación no es la de campesino, toma una **casita**, que, con el ita y todo, puede valer muy bien sus diez y seis o veinte mil pesos, o encarga un **negocito**, o pone su **tiendecita** con unas **cuatro mechas**. Este también es diminutivo.

El **orejon** que va a segar una **sementerita** de que espera sacar de ochocientas a mil cargas de trigo, dice que tiene que segar un **poquito** de trigo. Los campesinos de menor cuantía, propietarios de caballos, nunca tienen sino sus **bienecitos**. Los que acarrean sal a La Mesa llevan sus **carguitas**, las que, no por ser **carguitas**, dejan de tener sus diez **arrobitas** justas.

Dios me libre de los que dicen majestuosamente **mis negocios, mi hacienda, mis caballos, mi capital**: a los tales no les fiaría yo mis intereses (quiero decir mis **cortos intereses**). Otro diminutivo.

Pero para lo que son más socorridos los diminutivos es para dorar ciertas píldoras que los hombres solemos administrarnos unos a otros aun sin ser médicos... Cuando se ha ajustado algún **negocito** de que resulta que una de las dos partes contratantes queda debiendo un **piquito, piquito** que puede ser muy bien no menor que el pico de Orizaba o que el pico de Tenerife, la parte acreedora insinúa delicadamente a la contraria que sería muy bueno extender un **documentico**, porque como al fin somos mortales...

En el negocio ha pedido tal vez el deudor que se le de un **placito** de seis u ocho años, y como no hay plazo que no se cumpla, este se cumple, y como el deudor no da señales de vida, el acreedor se le presenta, y en el tono más melifluo que puede, le habla de aquellos **realitos**; y como no hay deuda que no se pague, se paga esta deuda, y entonces le toca al exdeudor hablar en el más melifluo tono sobre el **recibito**.

Ni el papel que los diminutivos desempeñan es menos interesante cuando se trata de nombres de personas. Pacho Corrales es Pacho Corrales; regularmente es don Pacho, si es de casa, o ñor Pacho, si es de ruana. Como quiera que sea, para conocer a don Pacho Corrales o a ñor Pacho Corrales, necesitamos tratarle o leer su biografía. **Pachito** Corrales ya es otra cosa. Nóbrenmele ustedes y no he menester más para conocerle como a mis manos. **Pachito** Corrales usa **sombrerito** de ala **angostica**, que el sabe llevar con suma gracia. Es mozo despierto y simpático. Entre mujeres será siempre **Periquito entre ellas**: festejado por todas, de ninguna pretendiente, será en las tertulias, y sobre todo en los **bailecitos** sin pretensiones, el alma, el *fac totum* y el *au tutem* de la reunión; él es quien puntea la

bandola cuando se baila una **piececita**; el que pone los juegos de prendas; el que hace pruebas con la baraja; el que siempre se acuerda de como empieza **aquella cancioncita**. Entre hombres, Pachito será siempre servicial, acucioso, diligente y siempre incansable. Será amigo y confidente de todo el mundo. **Perrito de todas bodas**, será parroquiano de las casas de tresillo; contratará y acompañará los entierros de sus amigas y amigos difuntos y los de los deudos de estos hasta la cuarta generación; en tiempo de nochebuena, ganará los aguinaldos a todo el género humano, hará la novena del Niño, cantará los villancicos, y enseguida seguirá cantando, y remedará a las personas a quienes sabe remedar, y a los perros, y a los gatos, y se **volverá el patas**, hasta que se haya retirado de la casa el penúltimo de los convidados, pues el será siempre el último. **Pachito** Corrales no ha de ser rico, ni se le ha de conocer profesión determinada; pero nunca ha de faltarle con que andar vestido con tal cual elegancia, y aun con más gracia que elegancia. Lo que **Pachito** no sepa en materia de crónica escandalosa y de chismografía y de casamientos en ciernes, no lo sabe ni el mismo demonio. **Pachito** no ha viajado, ni habla francés, ni toca por nota, pero a él no le alzan el gallo los **artistas**, ni los que hablan lenguas, ni los que cuentan historias de los **bulevares** y de los **café cantantes**. En fin, no digo más, que mis lectores, sabiendo que **Pachito** se llama **Pachito**, no pueden dejar de conocerle como yo mismo le conozco.

¿Quieren ustedes que les hable de Josefa?... ¡Quita allá!, me dirán mis lectores. ¿Qué quiere usted que hagamos con una Josefa? ¡Josefa! ¡Vea usted que nombrecito! Josefa, o más bien doña Josefa, o ña Josefa, no puede dejar de ser una tía a **nativitate**; suegra o abuela cuando menos; pero hija, madre o esposa, no puede ser, ni haber sido en los días de su vida. Pues no, señor: Josefa le pusieron, porque en la pila bautismal no hay diminutivos que valgan, (si no es **Margarita**, que algunos reputan diminutivo de **Márgara**); pero Josefa no es tal Josefa sino **Josefita**. ¡Ah! Eso es otra cosa. Josefita debe ser una niña como unas flores. ¡Que trato tan dulce debe de ser aquel! ¡Que índole tan bella! ¡Que modestia! ¡Que amabilidad sin coquetería! Esa criatura será el embeleso de toda su familia.

Los que escribimos para el público no somos de los que menos consumo hacen de los diminutivos. —¿Es cierto que usted piensa publicar?...

—Si, señor; he compuesto una **obrita** y puede ser que en este año... Y el muy bellaco tiene allá para su capote que su **obrita** es un **obrón** que deja en pañales todas las obras de Chateaubriand.

—Por ahí he de tener unos **versitos** que hice sobre ese asunto... Y el hipocritón, que sabe muy bien donde los tiene y que perece por leérselos a todo el universo, no los daría por la Divina Comedia ni por la **Gierusalemme liberata**.

Yo mismo, al escribir mis **DIMINUTIVOS**, temiendo que los lectores imaginen que doy importancia a este artículo, y aspirando a que crean que yo lo miro como a una bagatela de las que hago jugando, como por descansar de doctas y más graves tareas, no obstante que el estribirlo me ha costado una trashedada y el trabajo de hacer cuatro borradores, tengan buen cuidado de advertir, como advertí al principio y vuelvo a advertir ahora, que no es sino su **articulito**.